

¡Comandante Riviere!—dijo aquella voz que Claudio conoció enseguida por ser la de Bernardo Thévenot.

Aquellos hombres que le seguían, eran Filadelfos, eran amigos.

—¡Aquí estoy!—repuso el comandante.

Por mucha que fuese su impaciencia de alcanzar á Ciampi, experimentaba una verdadera alegría al encontrar á sus compañeros, estrecharlos en sus brazos y oírles decir como esperaba: «¡Ha llegado la hora!» Dejóles acercarse tratando de distinguir en la oscuridad, quienes eran los que acompañaban al coronel Thévenot.

Las tres sombras avanzaban y Bernardo Thévenot llegó á dos pasos de Claudio Riviere.

—¡Ah! ¡qué alegría, coronel!—dijo el comandante.

Y alargó sus dos manos al coronel, pero los brazos de Thévenot permanecieron pegados al cuerpo, á lo largo de su levita de largos faldones.

—¿Qué es esto?—dijo Riviere—¿Os alargó la mano, coronel, y permanecéis inmóvil? ¿No me habeis conocido?

—He sido yo quien os ha llamado—repuso friamente el coronel.—Venimos de vuestra casa, en donde contábamos hallaros. Os hemos visto salir y desde allí os venimos siguiendo.

Todo esto fué dicho con voz metálica, severa y claramente.

Claudio permaneció un momento sin comprender y preguntándose si no era juguete de una alucinación. Le sorprendía extraordinariamente aquella actitud.

Saludóles entónces con sus nombres de guerra y sus verdaderos nombres:

—¡Fito pomen! ¡Caton!... ¡Lorenzo Malardier!... ¡Pedro Hermann!

Y se acercó á ellos con las manos tendidas.

Los dos oficiales, rígidos como estátuas, ni hicieron un movimiento ni contestaron una palabra.

—¡Pero qué es esto!—exclamó Riviere.—¿Qué sucede? ¿A qué viene ese silencio?... ¡Contestadme de una vez!

Y se adelantó bruscamente hácia el coronel Thévenot, que le detuvo con un gesto.

—Vos sois el que teneis que responder—dijo *Varus*.

—¿Yo?... ¿Y de qué?—preguntó Claudio, que sentía subirle al cerebro una especie de congestión sanguínea.

—Vemos con gusto—dijo la voz irónica y metálica de Thévenot—que estais en libertad.

—¡Ah!—exclamó el comandante.—¿Y por eso se niegan vuestras manos á estrechar las mías? ¿Creeis acaso—añadió con altivez—que he sacrificado nada de mi fé por obtener la libertad? Al contrario, quiero que sirva para combatir por nuestra causa, y si es preciso morir por ella.

—La causa de la libertad solo necesita adhesiones honradas—dijo Thévenot con acento duro.

Entonces el comandante saltó como bajo la más inesperada y la más cruel de las injurias. Primero dió un paso atrás pero luego lanzándose hácia el coronel.

—¡Ah! ¡pardiez!—dijo—vais á explicarme lo que significan estas palabras, y si por casualidad iban dirigidas á mi!

El capitán Lorenzo Malardier y Pedro Hermann, colocados á cada lado de Thevenot, parecían en aquel momento los jueces y Claudio el reo.

—¡Erais comandante—dijo friamente el coronel—el cajero de nuestra asociacion!

—Sí—contestó Riviere, cuya voz cambió bruscamente de tono y se alteró como si algun peligro horrible, ignorado hasta entonces se hubiese presentado de repente á sus ojos.

—Os habíamos confiado—continuó Thevenot,—los pagarés y las letras de cambio pagaderas á la vista sobre Burdeos que constituían todo nuestro capital social.

—Es cierto—dijo de nuevo Riviere.

—Esas letras eran todos nuestros recursos, toda nuestra esperanza, lo que nos permitía luchar, comprar armas é intentar una suprema aventura

—¡Y bien!—repuso el comandante con voz ahogada—¡esas letras os las devolví! Preso en la Conserjería y luego en el Temple tuve por lo ménos el consuelo de saber que esas letras que constituían nuestra fortuna estaban en vuestras manos.

—¿De veras?—dijo Bernardo Thevenot—Sin embargo, ¿no ignorabais que no podíamos hacer uso de esos papeles?

—¿Por qué?

—¿Por qué?—Vamos—esclamó el coronel—

¡basta de ficciones! ¡Vale más que bajeis la frente delante de nosotros que que trateis de engañarnos de nuevo! ¿Somos nosotros, acaso, los que tenemos que deciros que los pagarés y las letras que nos habeis entregado eran falsas?

—¡Falsas!—balbuceó Riviere—¡Falsas!

Entonces espermentó una conmocion dolorosa en todo su ser, peor que la que sintió cuando José Fouché le enseñó las cartas dirigidas á Teresa, pues esta vez Riviere no comprendía y se preguntaba si *Varus* ó él se habrían vuelto locos.

—Vamos—dijo vivamente,—explicadme lo que quereis decir ¿Qué letras eran falsas? ¿las que yo os entregué? ¡Imposible! ¡No han salido ni de mi casa ni del cajon de mi secreter!

—Ya lo sé—repuso *Varus*.—Y, no obstante, cuando ha llegado el momento oportuno, hemos hecho presentar á Miguel Borde y Cazavan las letras pagaderas á la vista y el cajero nos ha contestado que aquellas letras habian sido pagadas.

—¿Pagadas? ¿A quién?

—Os estamos interrogando nosotros, comandante Riviere—repuso duramente Bernardo Thevenot.

—¿A mí? ¿Acaso ha sido á mí?...

—Esas letras no han salido de vuestras manos; vos mismo lo habeis confesado. Cuando os las entregamos eran auténticas y cuando las hemos presentado al banquero eran falsas. Las verdaderas letras habian sido pagadas dos meses antes y se las han presentado á uno de los

nuestros que fué á cobrarlas bajo el amparo de una casa de comercio, á la caja de Miguel Borde.

—¡Ah! señores—dijo Claudio Rivière pasándose la mano por la frente cubierta de sudor,— ¡hay en eso algo de infame! ¡Una falsificación! ¡Un robo!

—¡Si—dijo el coronel—hay una infamia y la más vil de todas, puesto que entrega la suerte de centenares de hombres á merced del miserable que los ha arruinado! ¡Cómo luchar ahora? No solamente estamos sin recursos, sino que sabemos que entre nosotros hay un traidor!

—¡Y quién es?—preguntó Rivière.

Sentía cernerse sobre él algo siniestro.

Filopomen y Caton continuaban inmóviles, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Comandante Claudio Rivière—dijo Bernardo Thévenot como si estuviese leyendo una sentencia—el consejo de los Filadelfos se ha reunido ayer, y por unanimidad, despues de haber deliberado largamente, os ha condenado á la pena de muerte!

—¡A mí?—esclamó Rivière.—¡A mí? ¡Luego es á mí á quien acusan?

—¡Estamos convencidos de que el criminal sois vos!

—¡Yo? ¡Un ladron yo? ¡Esto es una locura, coronel! Mi cabeza estalla y no sé realmente todavía si debo encojerme de hombros ó defenderme... ¡El comandante Rivière, ladron! ¡Quién lo creará?

—¡Todos los afiliados!

—¡Vos lo creéis, coronel?... ¡Vos tambien lo

creéis Malardier?... ¡Hermann?... Pero decidme por favor, que esta horrible acusacion no nos atañe á ninguno... ¡No me contestais? ¡Ladron! ¡falsario, yo! Vamos, yo sueño, no sé lo que significa esa prueba, pero haced que concluya pronto. ¡Vive Dios! porque sufro demasiado y sería capaz...

El coronel Thevenot hizo una seña á Lorenzo Malardier y éste sacó de debajo de la capa dos espadas cuyas hojas brillaron en la oscuridad.

Bernardo Thevenot cogió de manos de Malardier una de las espadas y sosteniéndola por la hoja alargó el puño al comandante Rivière.

—¡Cómo? ¡Qué es esto?—dijo Claudio.—¡Qué quereis de mí?

—¡En guardia!—dijo claramente el coronel.

—¡Luego es verdad?—esclamó Rivière.—¡Que-reis batiros?

—Quiero mataros—repuso *Varus*.

—¡Ah! ¡por compasion! ¡Ahora—dijo Rivière,—escuchadme y libradme de esta horrible pesadilla! ¡Dios sabe que la muerte me importa poco! Que venga cuando quiera; ¡pero arriesgar mi vida contra vos, coronel, á quien aprecio, honro y quiero, contra vos, mi compañero de esperanza, mi hermano en ideas, no es posible... ¡Y batiros porque me insultan, porque sospechan de mí ¡y de qué? ¡de un robo! Vamos, volved á la razon, coronel. ¡Yo no debo ser el acusado á quien buscais!

—¡Sois el condenado á quien debo castigar!

Cláudio Rivière arrojó lejos de sí la espada que habia tomado de manos de Thevenot.

—¡Pues bien—dijo,—herid!—¡Mi corazón está tan tranquilo como mi conciencia!

—¡Pardiez!—dijo Varus;—ya sabemos que sois valiente, pero también sabemos que para agradar á vuestra mujer, necesitábais una fortuna, y que para hallarla, necesitábais la libertad. Por eso habeis falsificado las letras y pedido el indulto á Bonaparte.

El comandante lanzó al mismo tiempo un grito de rabia y un suspiro de profundo dolor.

—¡Ah, coronel!—dijo—¡Eso es demasiado! ¡Matadme, os digo, pero no me insulteis! ¿Acaso sé yo la espantosa infamia que oculta la falsificación de esas letras de cambio? ¿Sé yo acaso quién es el culpable? No soy yo, y sin embargo, es un tormento para mí el verme obligado á repetir que ni soy el hombre que ha robado á nuestros hermanos, ni un cobarde que ha solicitado el indulto.

—¡Devolvednos nuestras esperanzas perdidas!—dijo Thevenot con ira.—¡Cajero de la asociación, os repito que sois responsable de las letras de cambio que os estaban confiadas! En vuestro poder han cambiado de valor, ¡á vos sois al que debemos castigar!

—¡Oh, qué horrible sufrimiento!—dijo Claudio suplicante.—¡Pero al menos dejadme buscar al culpable!... ¡Dadme un día, solo un día!... ¡Quizás descubra ó adivine!...

—¡Un día!—repuso la irónica voz de Varus, —Sería demasiado.

Claudio presintió un nuevo insulto en estas palabras.

—En un día—dijo el coronel,—se tiene tiempo de arrojar al peloton de ejecuciones muchas existencias. ¡En un día se tiene tiempo de designar á Bonaparte á los que debe prender!

El grito desgarrador que lanzó entonces Riviere no tenia nada de humano, y hubiera probado, por su horrible sufrimiento, la inocencia de aquel hombre si los implacables, fladelfos, no hubiesen estado decididos á cumplir la sentencia dada.

La salvacion de todos lo exigia así.

Lorenzo Malardier habia recogido del suelo la espada arrojada por Riviere.

Y se la alargó de nuevo al comandante.

—¡En guardia!—repitió Varus.

—Ya os he dicho que me mateis si os parece bien—repuso Riviere.

—No somos ni asesinos ni verdugos—dijo Thevenot.—Condenado por nosotros, por nosotros sereis herido, pero con la espada en la mano. Si yo no consigo mataros, *Filopomen* y *Caton* lo intentaran.

—¡No me batiré!—dijo Claudio Riviere.

El coronel Thevenot se adelantó hácia él comandante, y levantando lentamente la mano derecha:

—¡Quereis—dijo friamente que os trate como al último de los cobardes?

Claudio retrocedió.

¡Cómo! ¡la mano de aquel hombre podría caer sobre su mejilla! ¡Riviere, el soldado del deber, iba á verse abofeteado delante de sus compañeros de armas! De repente, espermentó un

frenético deseo de morir. Le parecía que el único medio de salir de aquella pesadilla maldita, era arrojarle como un loco sobre la punta de una espada. Y, en realidad, ¿la vida valía la pena de ser defendida?

—Dadme—dijo á Malardier.

Cogió la espada y maquinalmente se puso en guardia.

La niebla se había disipado, y, en el corte formado por las altas paredes del pasaje sobre las casas, aparecía el cielo despejado.

Riviere distinguía frente á él el brillo que despedían, bajo sus pronunciadas cejas, los negros ojos del severo coronel Thevenot.

Al tender el acero encontró la espada del coronel, que se hallaba en guardia, según los principios de la esgrima, con los pies como clavados en el suelo y decidido á no tirar golpe alguno antes que su adversario.

Lorenzo Malardier y Pedro Hermann miraban en silencio el combate. Su actitud no era la de los testigos de un duelo; más bien se les habría podido tomar por los comparsas de una ejecución.

Con el brazo doblado y la muñeca de hierro, Bernardo Thévenot permaneció un momento frente á Riviere, esperando que el comandante diera una estocada ó intentara algún ataque falso.

Riviere seguía inmóvil, en guardia regular y con el pecho cubierto.

Thévenot arriesgó entonces algunos golpes, sin que el comandante respondiera á ellos.

—¿No quereis defenderos?—dijo Varus con ira.

—Vuestra conciencia os dicta un deber—repuso Claudio.—La mia hace lo mismo.

—¡Ah! tened cuidado—dijo el coronel,—y defendeos, ¡vive Dios! ¡defendos!...

Tendió el brazo hácia el pecho de Riviere y el comandante, con un movimiento instintivo, opuso su espada á la del coronel.

—¡Por fin!... ¡Ya era hora!—dijo Varus.

Bernardo Thevenot esperaba aquel movimiento de Claudio para dar á tan extraño desafío el terrible fin que deseaba. No defendiéndose Riviere no podía combatir Varus, porque el soldado quería castigar pero no asesinar.

A los primeros quites, casi involuntarios de Riviere, Bernardo Thevenot había acometido á pié firme, y permaneció de aquel modo con el cuerpo replegado y buscando con la vista en la oscuridad las pupilas de su adversario.

Luego, de repente, librando su acero con una vivacidad extraordinaria, alargó el brazo al mismo tiempo que todo su cuerpo y tirándose á fondo con un rápido movimiento, hundió su espada en el pecho de Claudio Riviere.

El comandante se tambaleó y llevando su mano izquierda al costado, permaneció un momento de pie, apoyando el brazo derecho en la espada, que se doblaba.

Bernardo Thevenot arrojó lejos de sí el acero manchado de sangre y tomó de manos de Pedro Hermann su sombrero de anchas alas.

Ni una palabra pronunciaron aquellos hom-

bres: reinaba un silencio lúgubre, un silencio de muerte.

Claudio Riviere vió en un momento su existencia entera, los rostros desaparecidos ó desconsolados que había amado: ¡su madre, el anciano mercader de paños, Solignac y Teresa, á quien no volvería á ver!

¡Teresa! ¡Por ella le acusaban de haber cometido un crimen, una falsificación! ¡Por ella!... De repente, con esa percepción aguda y casi sobrehumana que tienen los moribundos, lanzó un grito ahogado; un nombre asomó con rabia á sus labios, un nombre odiado, el del hombre que le había robado su felicidad y por el cual moría. Si, Claudio Riviere estaba seguro de ello; el falsificador, el infame, el traidor era Agostino, que había debido robar los papeles en casa de Riviere, lo mismo que había seducido á Teresa. ¡Ah! ¡miserable!

Entonces Claudio quiso dar un paso hacia Thévenot y los Filadelfos. Alargó la mano izquierda é hizo señas en la oscuridad de que quería hablar para acusar y denunciar al morir:

«¡Ciampi! El marqués Ciampi de Olonal» Pero no se escapó nombre alguno de sus labios, sino que brotaron de su boca, por la que asomaba ya una espuma rojiza, nada más que sonidos horribles é inarticulados.

—¡Quién le castigará?—pensó Claudio Riviere.

Y girando sobre si mismo, cayó pesadamente al suelo, mientras su último pensamiento se di-

rigia á aquellos tres seres, que encarnaban para él la familia, la amistad y el amor: Juan Riviere, Solignac y Teresa.

Bernardo Thevenot se acercó lentamente al comandante.

¡Está muerto!—dijo quitando la capa á Lorenzo Malardier que había seguido al coronel.

—Se cumplió la justicia—añadió Pedro Henmann.

Pero como si estas últimas palabras hubiesen detenido en las venas de Claudio la vida á punto de desaparecer, el comandante hizo un esfuerzo violento. se incorporó apoyándose sobre el codo izquierdo y, mirando á los Filadelfos inclinados sobre él:

—¡Inocente!—balbuceó—Os perdono... ¡Ciampi... Ciampi!...

Y con un grito inesperado que el moribundo fué á buscar en el fondo de su corazón casi helado:

—¡Patrial!—dijo.—¡Francia!... ¡República!

Y entonces cayó para siempre.

El comandante Claudio Riviere había dejado de existir.